Érase una vez...

el HOMBRE

9

Los carolingios

PLANETA-AGOSTINI

ERASE UNA VEZ EL HOMBRE

Equipo editorial:

Realización: JPV Servicios Editoriales. Grupo Babel
Coordinador: Carles Gené
Textos: Saro de la Iglesia
Ilustradores: Antonio Grajera, Antonio Sama, Francisco Tórtola, Carlos de Andrés
Rotulación: Gavin Rodrigues
Asesoría histórica: Jesús González
Diseño gráfico: Spoot Grafic
Maquetación: María Torres, Carles Gené

Los carolingios

© Procidis
© para esta edición: Planeta-Agostini S.A.
Todos los derechos reservados

ISBN Obra completa: 84-395-1867-6
ISBN Tomo 9: 84-395-1876-5
Depósito Legal: B-5594/93

Fotocomposición y fotomecánica: FOINSA (Barcelona)
Impresión: Printer, Industria Gráfica (Barcelona)
Impreso en España-Printed in Spain

Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra mediante impresión, fotocopia, microfilm o cualquier otro medio, sin permiso escrito del editor.

Érase una vez... el HOMBRE

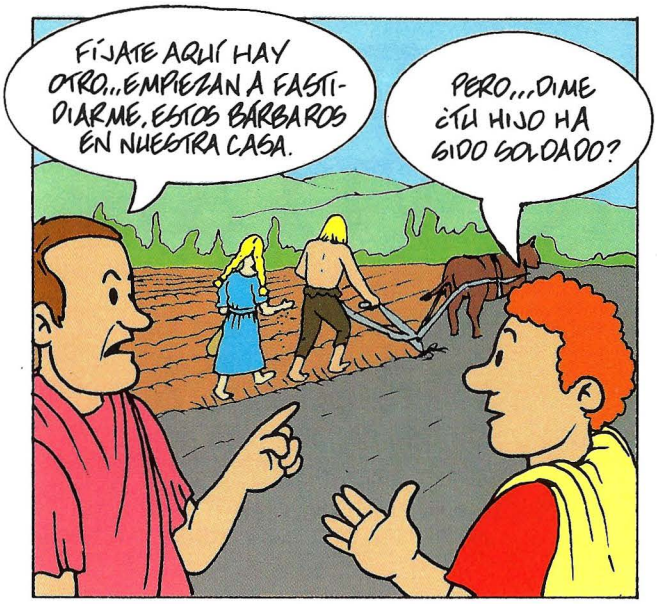
9

LOS CAROLINGIOS

PLANETA-AGOSTINI

LA GRAN CRISIS

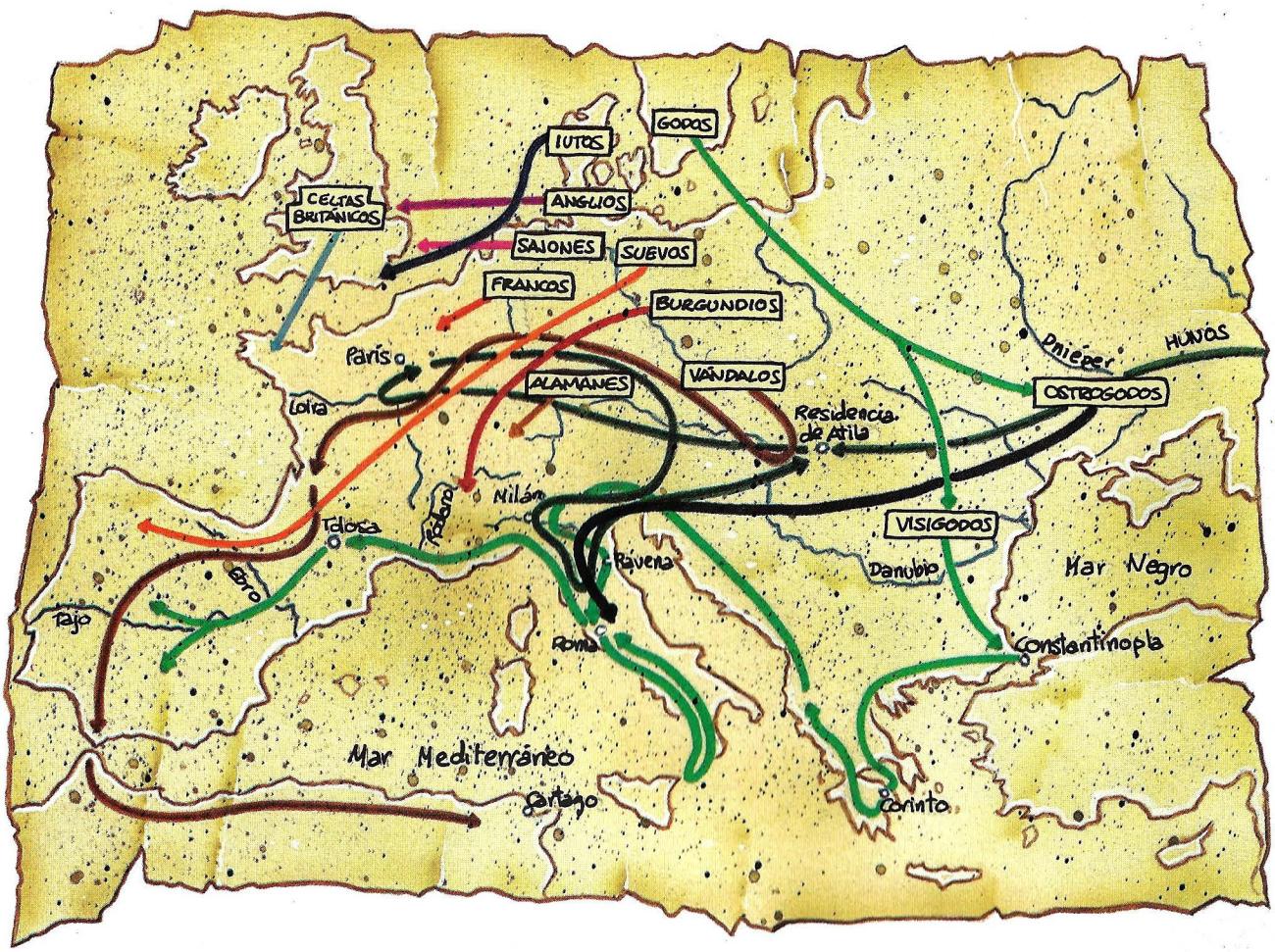
Tras la división del imperio romano, el de Oriente, con su capital Bizancio, permaneció durante largo tiempo próspero y espléndido. Pero en Occidente, ¡qué desolación!, la economía estaba por los suelos. Las medidas adoptadas por el Estado eran las de siempre: congelar precios y salarios, aumentar los impuestos... Pero todo inútil. Se acuñaban monedas cada vez más "pobres" porque el oro y la plata desaparecían: y nadie las quería. De este modo, los intercambios disminuían, y las actividades se reducían al mínimo indispensable para sobrevivir.



Aunque reducido a la mitad, el imperio era demasiado grande: tan sólo para vigilar sus castigadísimas fronteras se necesitaban ¡seiscientos mil hombres! Muchos ciudadanos –pagando, cosa que permitía la ley, o bien mediante algún truco– lograban ser declarados exentos del servicio militar. Y en el ejército entraban muchos bárbaros, a quienes se recompensaba dándoles tierras en las que se establecían. Pero el problema no eran ellos, sino los que empujaban desde el exterior, y no precisamente con demasiados miramientos.

EN BUSCA DE UN ESPACIO VITAL

Los que empujaban en los límites del imperio eran poblaciones nómadas, sobre todo de origen oriental. Se habían desplazado hasta Europa en varias oleadas, en muchos casos asentándose y transformándose (sin perder su espíritu guerrero) en agricultores. Cuando uno de estos grupos se establecía en una zona, muy a menudo llegaba otro que lo desalojaba... A pesar de todo, unos y otros, se iban colocando: había espacio para todos. Los acontecimientos se precipitaron cuando llegaron los hunos, que eran muchos y... con un carácter más bien difícil.



En realidad, los hunos no eran como los antiguos los pintaron. La verdad es que vivían de un modo particular, y no les gustaba mezclarse con nadie. Rechazando cualquier trabajo sedentario, prácticamente pasaban la vida a caballo: incluso llegaban a comer y dormir sobre su montura. Un príncipe huno, Atila, gran caudillo y hábil político, logró unificarlos y reinar sobre un territorio que se extendía desde el Mar Negro hasta la Alemania meridional. En la tradición germánica, Atila no es considerado "el castigo de Dios", sino un generoso y muy valeroso soberano.

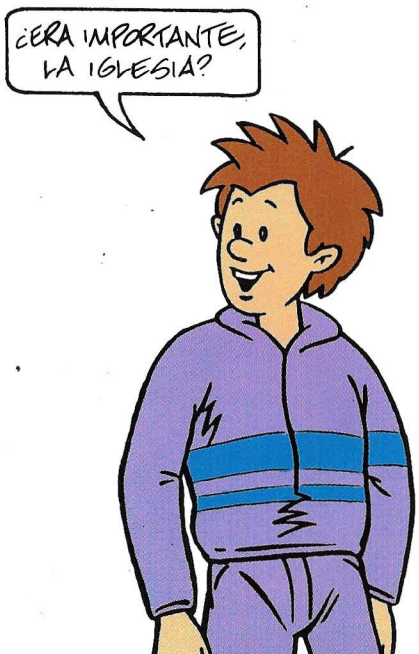
UNA CONVIVENCIA DIFÍCIL

Muchos bárbaros se integraron bien en el mundo romano, gracias, en parte, a que la mayoría se convirtieron al cristianismo. Los terribles hunos de Atila recibieron un buen revés en el 451, en la Galia, de manos de un ejército dirigido por un general bárbaro: Ezio, originario de Iliria (la actual Yugoslavia). También el vándalo Estilicón fue un gran soldado imperial, además de un buen diplomático: el emperador Teodosio confiaba tanto en él que le nombró tutor de sus hijos.

Una vez caído el imperio de Occidente, muchos reinos bárbaros se establecieron en sus territorios: los visigodos en España, los vándalos en el norte de África, Cerdeña y Córcega, los ostrogodos en Italia y en los Balcanes... Las costumbres y las leyes acabaron mezclándose, pero aun así no fue fácil la convivencia entre vencedores y vencidos. El sabio rey ostrogodo Teodorico, por ejemplo, se dio cuenta de que la cultura romana estaba más avanzada, adoptó leyes romanas y confió la administración a los antiguos funcionarios, ya dotados de experiencia.

En definitiva, muchos de los invasores se sentían impresionados por la civilización de los vencidos, y se esforzaban en asimilarla. Pero eso necesita su tiempo: como en Italia, donde la invasión de los lombardos –un pueblo guerrero de estirpe germánica– fue muy dura al principio. Luego, poco a poco, las cosas mejoraron. Como ya había hecho en sus tierras el rey franco Clodoveo, el rey lombardo Rotario introdujo leyes que hoy nos parecen extrañas pero que en aquel momento constituyeron un gran paso hacia adelante.

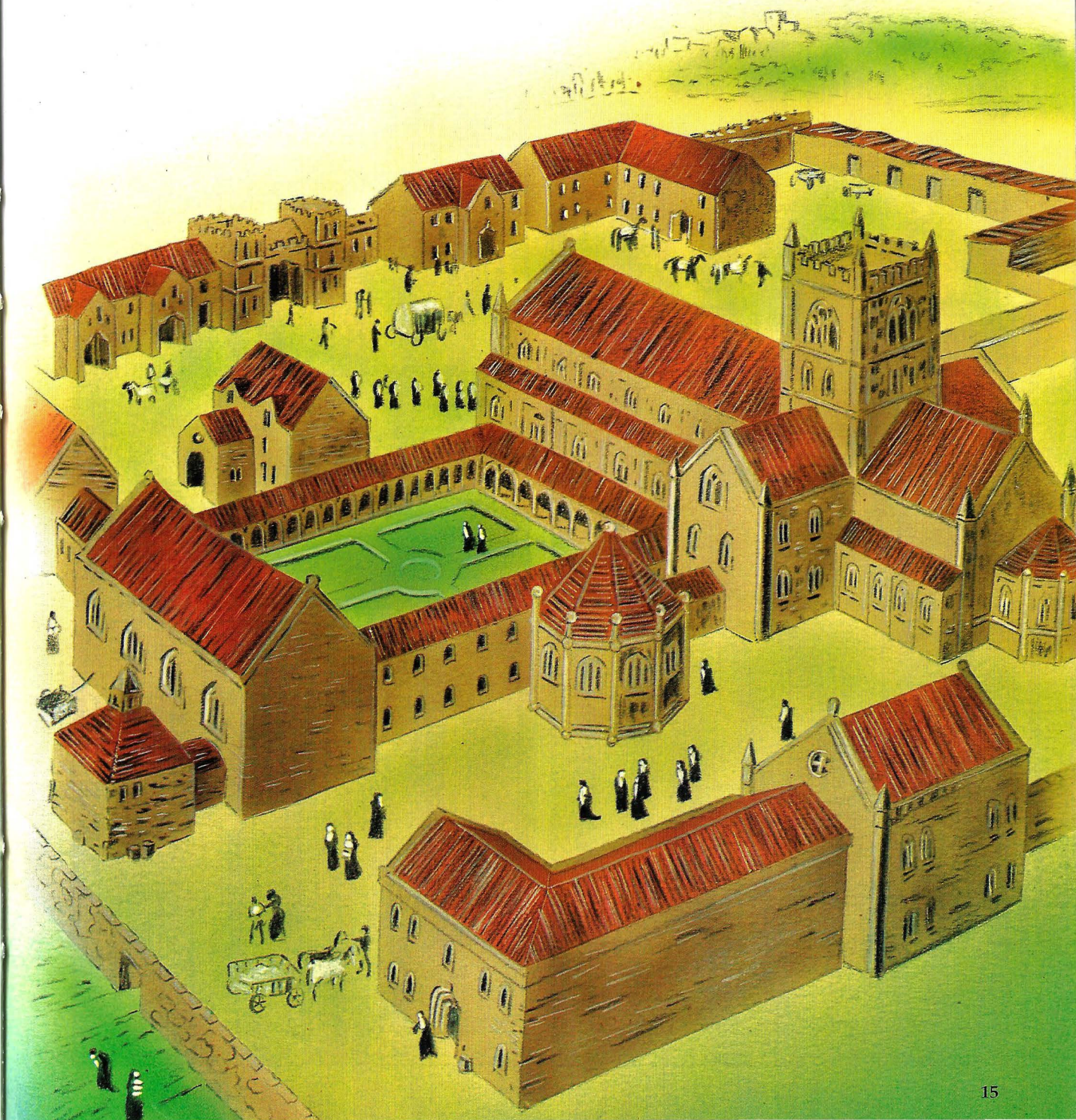
Durante las invasiones bárbaras casi todas las ciudades se despoblaron. Tan sólo a partir del siglo VIII se experimentó una cierta recuperación. La vida se desarrollaba sobre todo en el campo, en la *vila,* una compleja unidad agrícola, a menudo fortificada, autosuficiente, con escasos contactos con el exterior. Una parte de los terrenos *(pars dominica)* era gestionada directamente por el señor, mientras que otra *(pars massaricia)* era entregada en concesión a los campesinos, a cambio de una parte de la producción.



PROTEGER, MEDIAR, CONSERVAR

En un mundo dominado por la incertidumbre y el miedo fue importantísima la obra de la Iglesia, a la cual se dirigía la gente para obtener ayuda y protección. Y sabía hacerse escuchar por los poderosos, porque un rey o un príncipe excomulgado (es decir, excluido de la comunidad de los fieles) perdía su autoridad... A fin de obtener el apoyo de la Iglesia, muchos propietarios y reyes le donaron vastos territorios. De este modo, la Iglesia se convirtió en una potencia política y económica, además de espiritual. Pontífices enérgicos como Gregorio Magno (590-604) intervinieron también en la vida política y económica, condicionando a menudo la conducta de los soberanos.

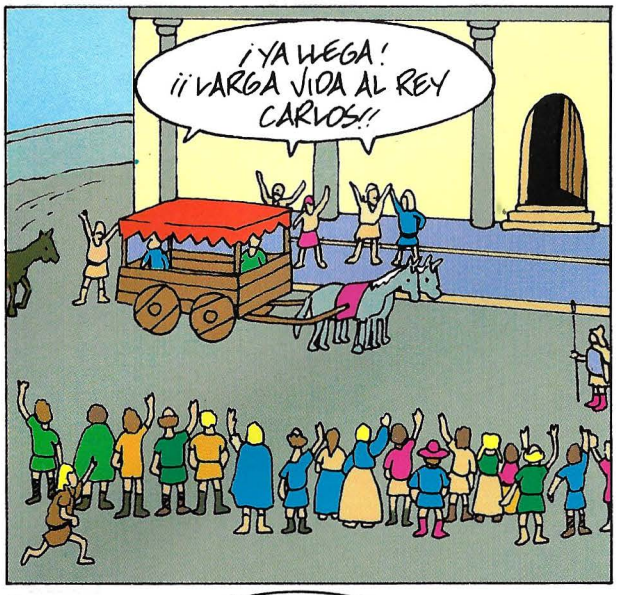
Por todas partes surgieron monasterios, es decir, comunidades de religiosos (monjes) que seguían las reglas de vida dictadas por algún hombre "santo". Entre los monasterios más importantes se encontraban los fundados por San Benito, cuya regla de base era *ora et labora* (reza y trabaja). Nacidos como lugar de retiro y de meditación, rápidamente se convirtieron en centros modelos de producción agrícola y artesanal y, además, de estudio. Copiando incansablemente todos los viejos libros que encontraban, los monjes llevaron a cabo una labor preciosa de conservación y difusión de la cultura clásica. Sin ellos, un inmenso tesoro de saber y de belleza se habría perdido.



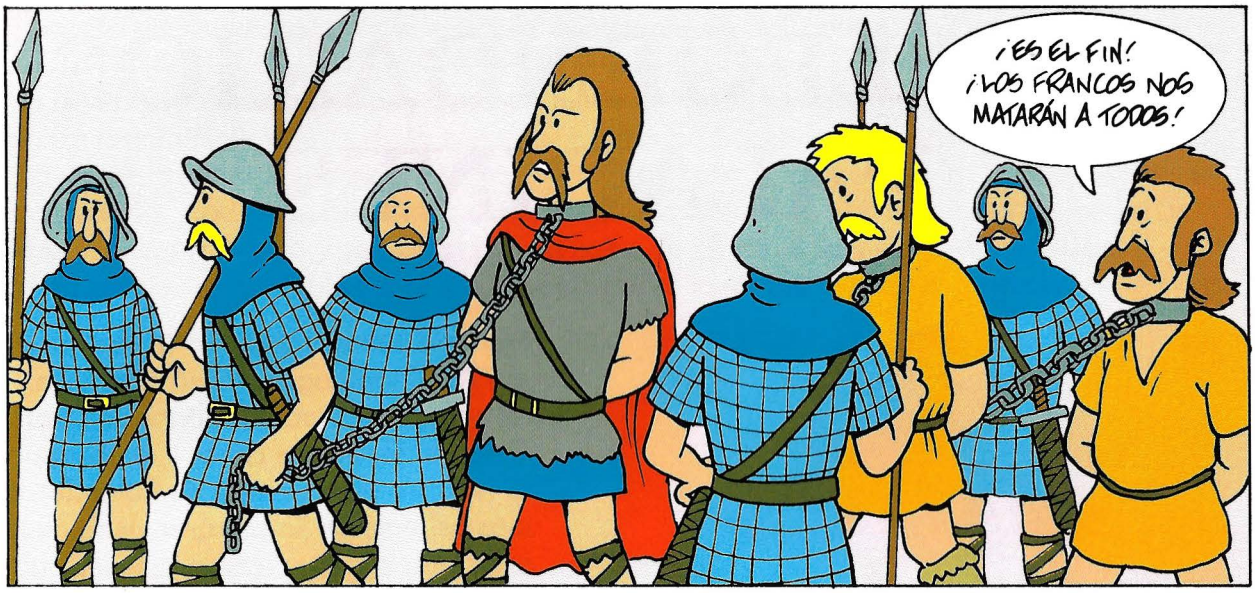
EN LA DULCE TIERRA DE FRANCIA...

A aquella zona que había sido la Galia llegaron los francos, un pueblo germánico que al principio fue gobernado por los descendientes del rey Meroveo (los *merovingios*). El suyo fue un gran reino, que sufrió, sin embargo, continuas divisiones. Según el derecho germánico, a la muerte de un rey, su patrimonio (y su poder) se dividía entre los distintos príncipes. De todo ello nacían larguísimos litigios, de los que se aprovechaban los "mayordomos de palacio", es decir, los jefes de la administración estatal.

El mayordomo de palacio más poderoso de los francos fue Carlos Martel (el hombre que detuvo a los árabes en Poitiers en el 732). Esta hazaña le hizo tan popular que, a su muerte, su hijo Pipino fue coronado rey de los francos. Empezó así la dinastía de los *carolingios,* llamada así porque venía del nombre de Carlos (*Carolus* en latín). Pipino tuvo dòs hijos, pero la muerte de uno de ellos dejó como único heredero a Carlos, el soberano que habría de ser llamado "Magno", o sea "el Grande". Un sobrenombre bien merecido...

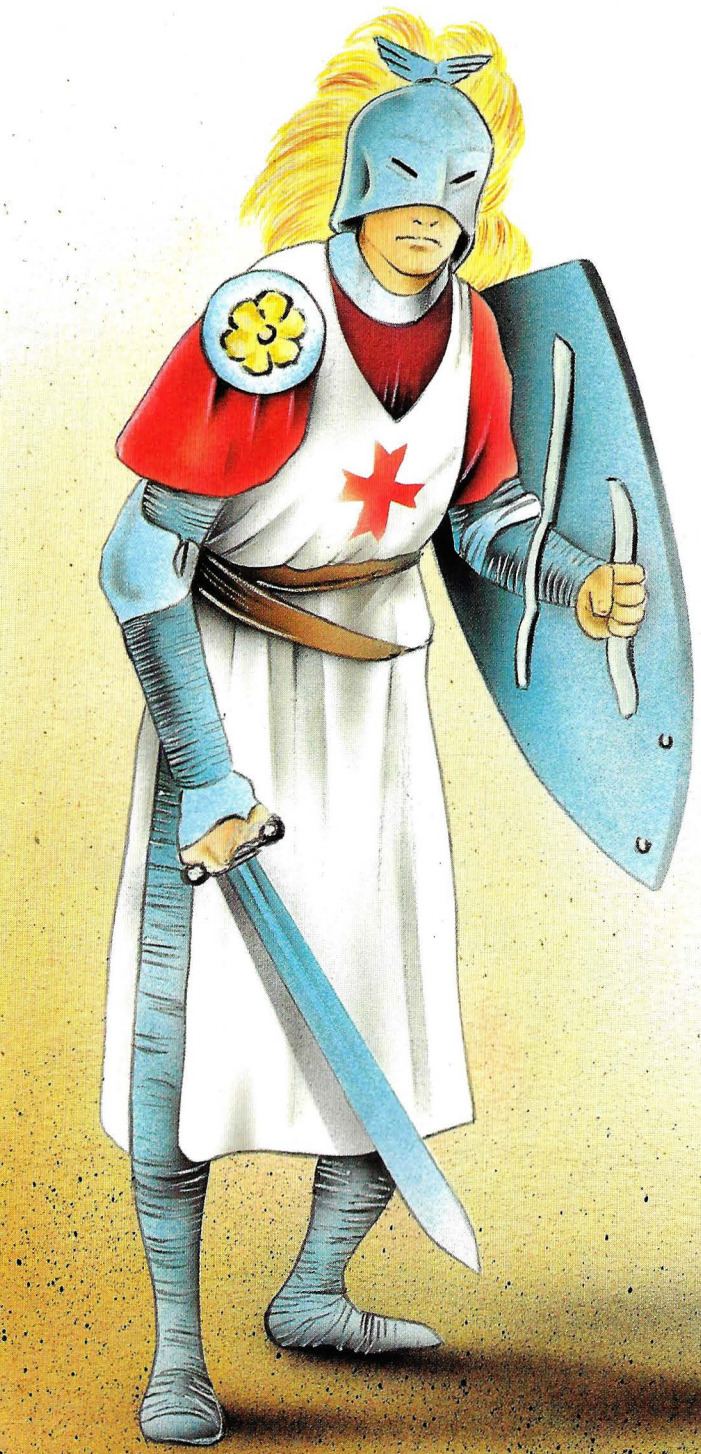


Con una feliz combinación de habilidad militar y de astucia política, Carlos logró crear el reino romano-germánico más grande que había existido jamás. Entre sus hazañas más clamorosas destacó la guerra contra los lombardos, después de que fallara un intento de unir pacíficamente los dos pueblos. Efectivamente, Carlos se había casado con Desirée, la hija del rey lombardo Desiderio. Tras repudiar a su esposa, fue a la guerra y venció; pero, sabiamente, dejó a los vencidos disfrutando de una gran autonomía.



Carlos combatió a veces en nombre de la fe, en parte porque él era cristiano, pero sobre todo porque había comprendido la importancia de tener a la Iglesia de su lado. De este modo, concluyó una larga lucha contra los "paganos" sajones, tras la que les obligó no sólo a someterse sino también a convertirse. A los árabes, que fueron siempre duros adversarios suyos, no logró expulsarlos totalmente de España; sólo conquistó la parte que se extendía desde los Pirineos hasta el río Ebro.

LOS LEGENDARIOS PALADINES

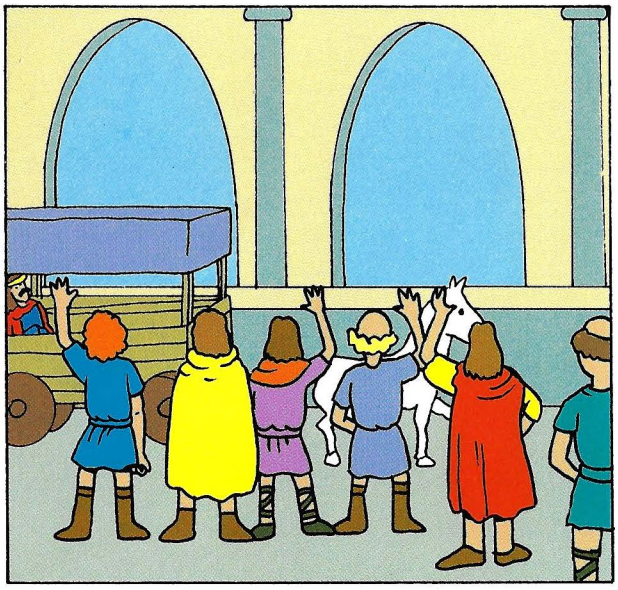


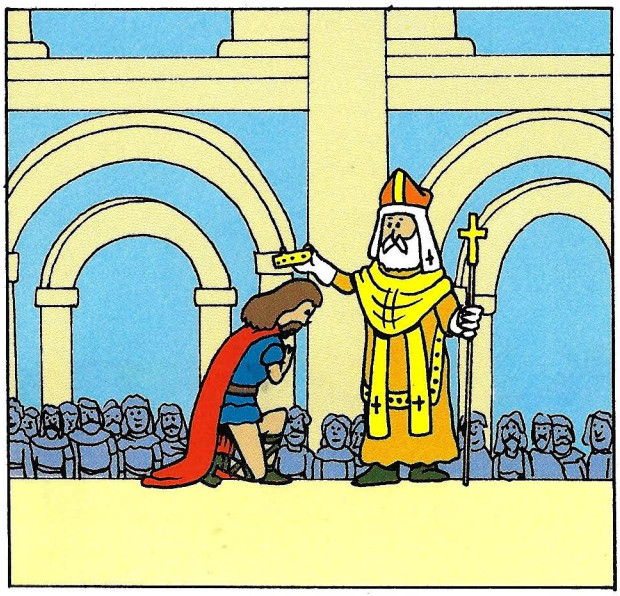
Frenado por la caballería árabe en el 778, Carlomagno volvió a Francia. Su retaguardia estaba capitaneada por Orlando (al que se conoce también por su nombre afrancesado de Rolando), su más fiel *paladín* (la palabra viene de la expresión *conde paladino*, que indicaba una clase de nobles al servicio directo del rey). En el estrecho desfiladero de Roncesvalles, en los Pirineos, el grupo cayó en una emboscada; y Orlando, por orgullo, no quiso tocar su famoso cuerno, que habría reclamado tropas suficientes para salvarlo... Nadie logró escapar de la masacre.

La batalla de Roncesvalles es el episodio culminante de la *Canción de Rolando*, el más famoso de todos los poemas caballerescos. Poco importa que se tratara en realidad tan sólo de un pequeño combate, y que no fueran los árabes quienes masacraran a Orlando, sino los montañeses vascos de la zona: los poetas no tienen la obligación de ser precisos... Lo que cuenta es el significado de los poemas que cantan la gesta de los paladines de Carlomagno, y que nos dicen que, después de muchos siglos, había quienes creían en un gran ideal caballeresco y se batían por un poco de gloria al servicio de la fe y de sus nobles señores. Y el hombre que dio impulso a este ideal fue Carlos, el gran rey.

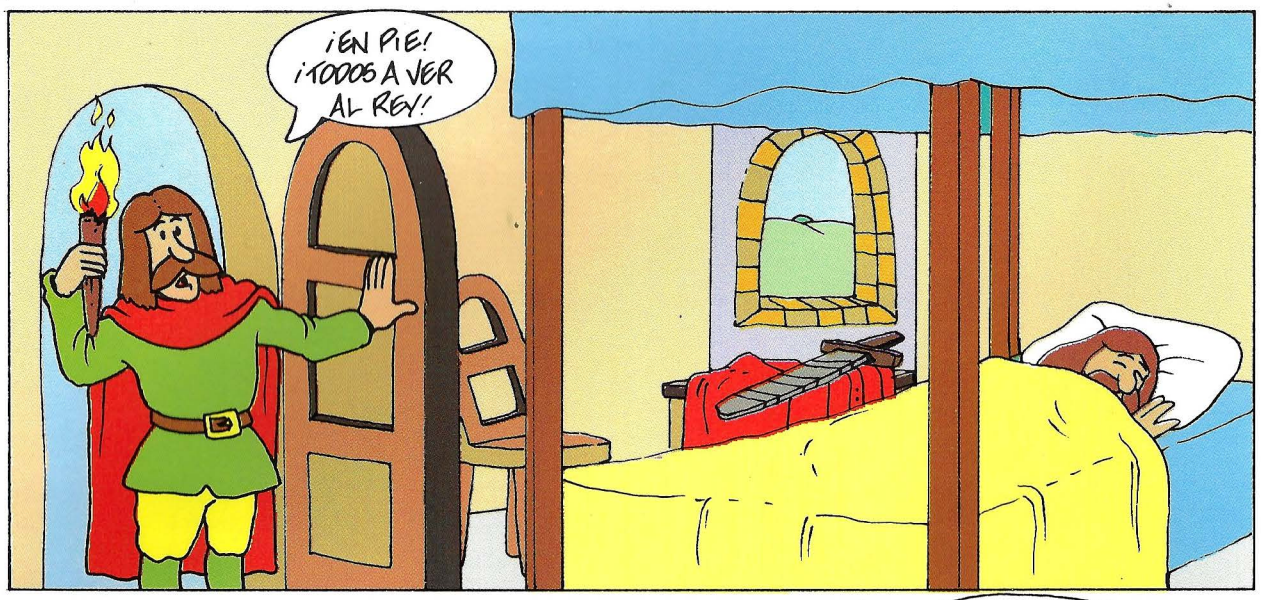
EL "PADRE DE EUROPA"

Carlomagno murió en el 814, a los setenta y dos años, tras haber reinado durante cuarenta y tres. El día más glorioso de su reinado fue la Navidad del 800, cuando el papa León III le coronó "gran y pacífico emperador de los romanos". Esta había sido, de hecho, la finalidad de toda la vida de Carlos: reconstruir el imperio romano, revigorizándolo con las frescas energías de los mismos pueblos que lo habían destruido, y manteniéndolo unido con la fuerza ideológica de la religión cristiana.



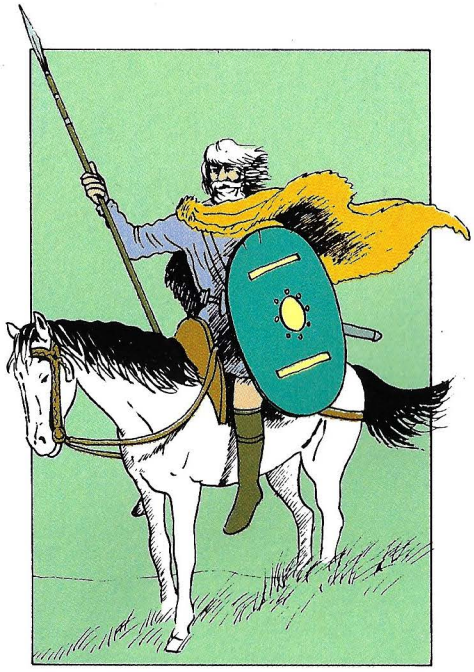


Carlomagno no fue directamente el "señor" del territorio imperial: sus posesiones personales eran relativamente pocas. Pero él era quien concedía la autoridad a los nobles que gobernaban los distintos territorios: los *condes* (del latín *comites,* compañeros) y los *marqueses* (del alemán *marka,* signo de frontera). De todos modos, les vigilaba enviando donde fuera a sus fieles funcionarios, los *missi dominici* ("enviados del señor"), que a su vez eran también vigilados, para que no se dejaran corromper...



El prestigio de Carlos le venía también de sus dotes naturales. Era un hombre guapo, de gigantesca envergadura, cordial, gran nadador, caballero y cazador. Las mujeres le adoraban: entre esposas, amantes y otras historias, conquistó a muchísimas. Dormía poco, comía moderadamente y bebía poquísimo. Aunque creció analfabeto —como era costumbre en aquellos tiempos incluso para el rey— hasta una edad muy avanzada se empeñó en aprender a escribir. En compensación, hablaba varias lenguas, entre las que estaba el latín.

El defecto del imperio de Carlomagno era que estaba hecho "a la medida" de un hombre como él. Después de su muerte, se dividió rápidamente. Tan sólo hoy estamos construyendo con dificultad la Europa que él soño... En compensación, dio a toda la sociedad occidental un impulso que ya no se detendría, ya sea en la economía o en la cultura. Su espléndida corte en Aquisgrán fue el centro de aquel gran florecimiento de las ciencias y de las artes que fue llamado, con razón, "renacimiento carolingio".



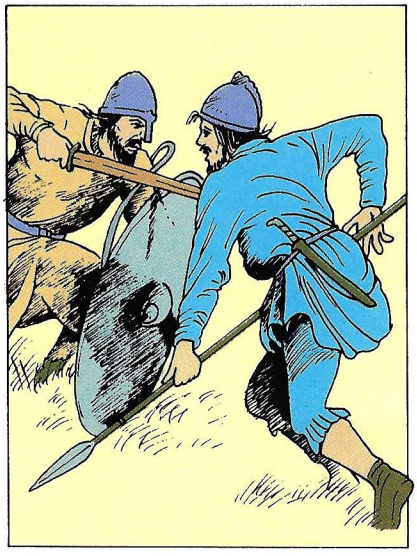
CRONOLOGÍA

150-200. Desde el extremo norte de Europa llegan hasta el sudeste los godos, que se dividen en visigodos (godos occidentales) y ostrogodos (godos orientales).

375. Los hunos, provenientes de Asia central, destruyen el reino de los ostrogodos y provocan grandes oleadas migratorias de otros pueblos.

429-534. Reino de los vándalos en África.

441-453. Los hunos, que han llegado a Occidente, son derrotados en la Galia por Ezio.

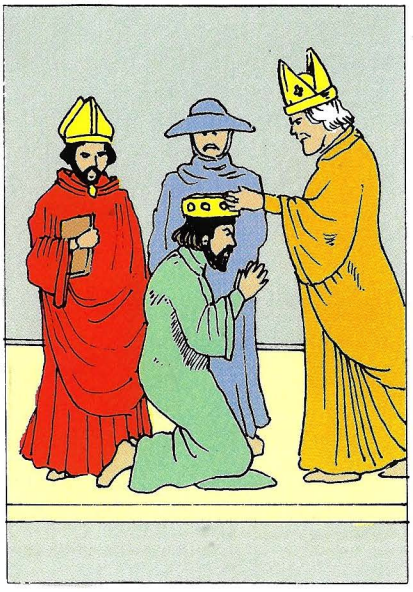


482. Clodoveo, de la dinastía merovingia, funda el reino de los francos, que practican el catolicismo.

493. Los ostrogodos del rey Teodorico conquistan Italia. La capital es Rávena.

507. Reino de los visigodos en España. Terminará en el 711 con la invasión de los árabes.

568. Los lombardos llegan a Italia. La península es dividida entre ellos y los bizantinos.



742. Nace Carlos, hijo de Pipino, que será denominado Carlomagno. Debía dividirse el reino con su hermano menor, pero a causa de la muerte de éste se convierte, con menos de treinta años, en el único rey de los francos.

772-804. Guerra de Carlomagno contra los sajones.

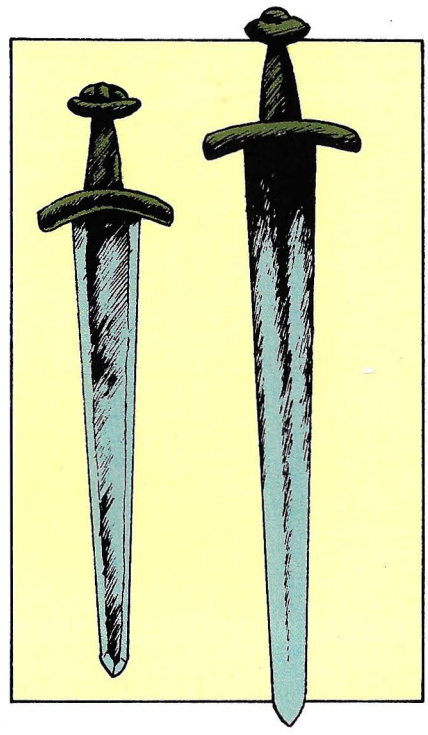
773-774. Conquista del reino lombardo.

800. Carlomagno es coronado emperador por el Papa.

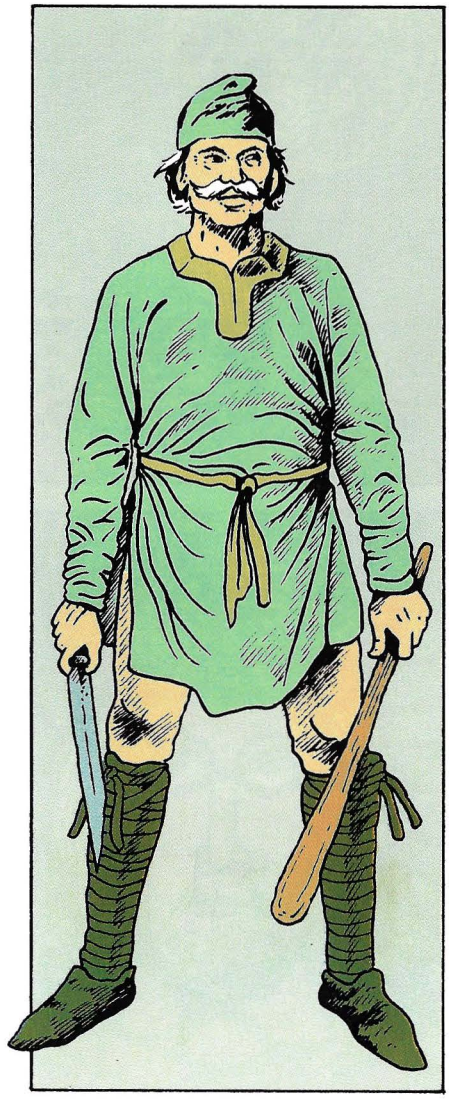
814. Muerte de Carlomagno. En el espacio de treinta años, su imperio se disgrega.

CURIOSIDADES

Muchas victorias de los bárbaros sobre los soldados del imperio romano fueron más fáciles por la superioridad del armamento, en particular de las espadas. Expertos herreros, los bárbaros fraguaban sus espadas (que cortaban por ambos lados) colocando una sobre otra delgadísimas láminas de hierro alternadas con láminas de acero. Trabajándolas mucho tiempo con el martillo, estas láminas acababan por formar una masa compacta que, al mismo tiempo, era durísima y elástica. Un golpe bien asestado podía incluso cortar en dos la daga de hierro de los legionarios romanos.

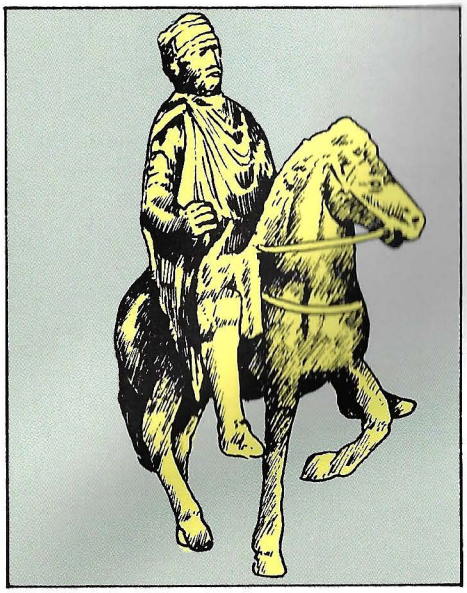


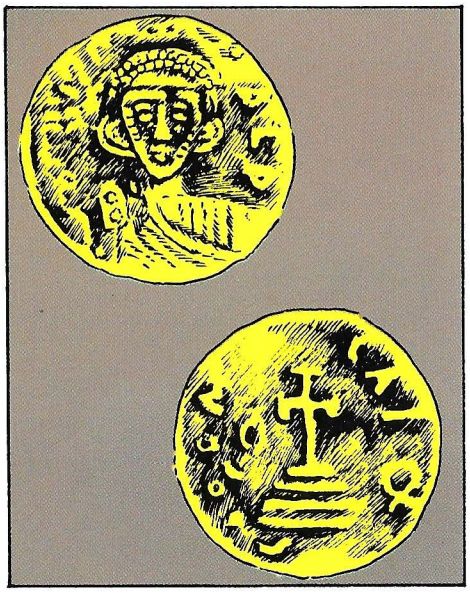
Los bárbaros que se establecían en Occidente, incluso cuando eran pacíficos, maravillaban a menudo a las gentes del lugar por sus costumbres. Los burgundios, por ejemplo, que se habían establecido en la región francesa que luego se denominó Borgoña —el paraíso del buen vino— se comportaban muy bien, pero quien se les acercaba no podía hacer otra cosa que... taparse la nariz. Efectivamente, comían grandes cantidades de ajo y cebolla, y se lustraban el pelo con una "brillantina" no precisamente perfumada... ¡Se trataba de mantequilla rancia!



Imiltrude, Desirée (también llamada Ermengarda), Ildegarda, Fastrada, Liutgarda, Madelgarda, Gersuinda, Regina y Adelaida son los nombres de las nueve princesas que Carlomagno desposó oficialmente. Su preferida fue Ildegarda, que le dio tres de sus cerca de veinte hijos oficialmente comprobados. Pero seguramente existieron más, porque Carlomagno era bastante sensible a la fascinación femenina.

Cuando iba a la guerra, Carlomagno tenía un aspecto que, ya al primer vistazo, daba miedo a los adversarios. Su físico grande y robusto le





permitía soportar el peso de un "equipo" (yelmo, coraza, perneras) de hierro. También su gigantesco caballo estaba forrado de hierro. La aparición de esta terrible figura a la cabeza de un ejército de caballeros, en medio de las polvaredas que levantaban al galope, producía un fortísimo efecto psicológico en cualquier posible enemigo.

También en el reino de los francos, como en el de los lombardos, la ley (ley *sálica*) hacía distinciones muy sutiles a la hora de establecer las sanciones que debían sustituir a las penas corporales. Por ejemplo, por cortar un dedo se pagaban sumas diversas según de qué dedo se trataba: el pulgar (indispensable para poder asir) "valía" 50 monedas, el índice (con el que se tensaba el arco) 35 monedas... Para los otros dedos bastaban 30 monedas.

En casi todos los retratos, pinturas o esculturas, Carlomagno aparece representado con una larga barba. Es muy probable que en vez de ésta llevara tan sólo los largos y poblados bigotes que tanto gustaban a los francos. Para los artistas de la época la semejanza física importaba realmente poco; contaba más el significado de la imagen. Representar al gran rey con barba era un signo de respeto, porque desde tiempo inmemorial ésta era un símbolo de poder y de sabiduría conocido en todo el mundo antiguo.

Carlomagno, dotado de un físico excepcional, tenía ideas muy personales sobre la salud. Para él, una enfermedad era un "enemigo", al que se podía vencer si se le trataba duramente. Cuando en el 813 enfermó de pleuresía, no dio opción a los médicos y pensó en domesticar la enfermedad sometiéndose a un duro ayuno, con el fin de "debilitarla". Siempre había actuado así... Sólo que esta vez tenía más de setenta años, y su poderosa salud no resistió.

INDICE

LA GRAN CRISIS 6
EN BUSCA DE UN ESPACIO VITAL 8
UNA CONVIVENCIA DIFÍCIL 10
PROTEGER, MEDIAR, CONSERVAR . . . 14
EN LA DULCE TIERRA DE FRANCIA . . 16
LOS LEGENDARIOS PALADINES 20
EL "PADRE DE EUROPA" 22
CRONOLOGÍA 26
CURIOSIDADES 27

Érase una vez... el HOMBRE

"Erase una vez el hombre" narra en 26 libros las grandes etapas de la historia de la humanidad, y lo hace siguiendo, a través de los tiempos, las aventuras de un pequeño grupo. Así, podremos ver qué les ocurre al sabio Maestro y a sus amigos en diferentes situaciones: entre los primeros hombres de las cavernas, en las conquistas del imperio romano, en la terrible guerra de los Cien Años o entre las maravillas de la Belle Epoque.

9. LOS CAROLINGIOS

Fueron necesarios varios siglos para que los "bárbaros" que habían invadido el Imperio romano se integrasen con los vencidos... después, como una vieja planta que vuelve a brotar tras el injerto con una más joven, la Europa cristiana comenzó de nuevo a dar frutos. Un rey, fuerte en la guerra y sabio en la paz, acarició el sueño de verla unida y pacífica. Carlomagno, el gran emperador de los francos, es la figura central de este feliz tiempo de renacimiento, e importa poco que su sueño no durase demasiado, pues la idea de la unión de los pueblos permaneció, y si hoy día tenemos alguna esperanza de convertirla en realidad, en parte se lo debemos a él.

PLANETA-AGOSTINI